



"dos diures de El Fuparcial,  
Madrid, 22 euros 1900

1-209

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo II

## LA VENDA

Y vió de pronto nuestro hombre venir una mujer despavorida, como un pájaro herido, tropezando á cada paso, con los grandes ojos preñados de espanto que parecían mirar al vacío y con los brazos extendidos. Se detenía, miraba á todas partes aterrada, como un náufrago en medio del Océano, daba unos pasos y se volvía, tornaba á andar, desorientada de seguro. Y llorando exclamaba:

—Mi padre, que se muere mi padre.

De pronto se detuvo junto al hombre, le miró de una manera misteriosa, como quien por primera vez mira, y sacando el pañuelo le preguntó:

—¿Lleva Vd. bastón?

—Pues no lo ve Vd.?—dijo él mostrándoselo.

—¡Ah! Es cierto.

—¿Es Vd. acaso ciega?

—No, no lo soy. Ahora, por desgracia. Deme el bastón.

Y diciendo esto empezó á vendarse los ojos con el pañuelo.

Cuando hubo acabado de vendarse repitió:

—Deme el bastón, por Dios, el bastón, al zarillo.

Y al decirle le tocaba.

El hombre la detuvo por un brazo.

—Pero ¿qué es lo que va Vd. á hacer, buena mujer? ¿Qué le pasa?

—Déjeme, que se muere mi padre.

—Pero ¿adónde va Vd. así?

—Déjeme, déjeme, por Santa Lucía bendita, déjeme, me estorba la vista, no veo mi camino con ella.

—Debe de ser loca—dijo el hombre por lo bajo á otro á quien había detenido lo extraño de la escena.

Y ella que lo oyó:

—No, no estoy loca; pero lo estaré si esto sigue; déjeme, que se muere.

—Es la ciega—dijo una mujer que llegaba.

—¿La ciega?—replicó el hombre del bastón.

—Entonces ¿para qué se venda los ojos?

—Para volver á serlo—exclamó ella.

Y tanteando con el bastón el suelo, las paredes de las casas, febril y ansiosa, parecía buscar en el mar de las tinieblas una tabla de que asirse, un resto cualquiera del barco en que había hasta entonces navegado.

De pronto dió una voz, una voz de alivio, y como una paloma que elevándose en los aires revolotea un momento buscando oriente y

luego como una flecha parte, partió resuelta, tanteando con su bastón el suelo, la mujer vendada.

Quedáronse en la calle los espectadores de semejante escena comentándola.

La pobre mujer había nacido ciega, y en las tinieblas nutrió de dulce alegría su espíritu y de amores su corazón. Y ciega creció.

Su tacto era, aún entre los ciegos, maravilloso, y era maravillosa la seguridad con que recorría la ciudad toda sin más lazarillo que su palo. Era frecuente que alguno que la conocía le dijese: dígame, María, ¿en qué calle estamos? Y ella respondía sin equivocarse jamás.

Así, ciega, encontró quien de ella se prendase y para mujer la tomara, y se casó ciega, abrazando á su hombre con abrazos que era una contemplación. Lo único que sentía era tener que separarse de su anciano padre; pero casi todos los días, bastón en mano, iba á tocarle y á oírle y acariciarle. Y si por acaso la acompañaba su marido, rehusaba su brazo diciéndole con dulzura: no necesito tus ojos.

Por entonces se presentó, rodeado de prestigiosa aureola, cierto doctor especialista, que después de reconocer á la ciega, á la que había visto en la calle, aseguró que le daría la vista. Se definió la operación hasta que hubiese dado á luz y se hubiese repuesto del parto.

Y un día, más de terrible expectación que de júbilo para la pobre ciega, se obró el portentoso. El doctor y sus compañeros tomaban notas de aquel caso curiosísimo, recogían con ansia datos para la ciencia psicológica, asateándola á preguntas. Ella no hacía más que palpar los objetos aturdida y llevarse los ojos y sufrir, sufrir una extraña opresión de espíritu, un torrente de punzadas, la lenta invasión de un nuevo mundo en sus tinieblas.

—¡Oh! ¿Eras tú?—exclamó al oír junto á sí la voz de su marido.

Y abrazándole y llorando, cerró los ojos para apoyar en la de él su mejilla.

Y cuando le llevaron el niño y lo tomó en brazos, creyeron que se volvía loca. Ni una voz, ni un gesto; una palidez mortal tan solo. Frotó luego las tiernas carneícas del niño contra sus cerrados ojos y quedó postrada, rendida, sin querer ver más.

—¿Cuándo podré ir á ver á mi padre?—preguntó.

—¡Oh! No, todavía no—dijo el doctor.—No es prudente que Vd. salga hasta haberse familiarizado algo con el mundo visual.

Y al día siguiente, precisamente al día siguiente de la portentosa cura, cuando empezaba María á gozar de una nueva infancia y á bañarse en la verdura de un nuevo mundo, vino un mensajero torpe, torpísimo, y con los peores rodeos le dijo que su padre, baldado







desde hacia algún tiempo, se estaba muriendo de un nuevo ataque.

El golpe fué espantoso. La luz le quemaba el alma, y las tinieblas no le bastaban ya. Se puso como loca, se fué á su cuarto, cogió su Crucifijo, cerró los ojos y palpándolo, rompió á llorar, exclamando:

—Mi vista, mi vista por su vida. ¿Para qué la quiero?

Y levantándose de pronto, se lanzó á la calle. Iba á ver á su padre, á verle por primera y por última vez acaso.

Entonces fué cuando la encontró el hombre del bastón, perdida en un mundo extraño, sin estrellas por que guiarse como en sus años de noche se había guiado, casi loca. Y entonces fué cuando, una vez vendados sus ojos, volvió á su mundo, á sus familiares tinieblas, y partió segura, como paloma que á su nido vuelve, á ver á su padre.

Cuando entró en el paterno hogar, se fué derecha, sin bastón, á través de corredores, hasta la estancia en que yacía su padre moribundo, y echándose á sus pies, le rodeó el cuello con sus brazos, le palpó todo, le contempló con sus manos y solo pudo articular entre sollozos desgarradores:

—Padre, padre, padre!

El pobre anciano, atontado, sin conocimiento casi, miraba con estupor aquella venda y alargó un brazo para quitársela.

—No, no, no me la quites... no quiero verte; ¡padre, mi padre, el mío, el mío!

—Pero, hija, hija mía—murmuraba el anciano.

—¿Estás loca?—le dijo su hermano.—Quítate, María, no haga comedias. qué la cosa va seria...

—¿Comedias? ¿Comedias? ¿Qué sabéis de eso vosotros?

—Pero ¿es que no quieres ver á tu padre? Por primera, por última vez acaso...

—Porque quiero verle... pero á mi padre... al mío... al que nutrió de besos mis tinieblas, porque quiero verle, no me quito de los ojos la venda...

Y le contemplaba ansiosa con sus manos cubriéndole de besos.

—Pero, hija, hija mía—repetía como por máquina el viejo.

—Sea Vd. razonable—insinuó el sacerdote separándola.—sea Vd. razonable.

—¿Razonable? ¿Razonable? Mi razón está en las tinieblas. en ellas veo.

—*Et vita erat lux hominum... et lux in tenebris lucet...*—murmuró el sacerdote como hablando consigo mismo.

Entonces se acercó á María su hermano, y de un golpe rápido le arrebató la venda. Todos se alarmaron entonces, porque la pobre mujer miró en torno de sí despavorida, como buscando algo á que asirse. Y luego de repo-

nerse murmurando ¡qué brutos son los hombres! cayó de hinojos ante su padre preguntando:

—¿Es este?

—Sí, ese es—dijo el sacerdote señalándose, ya no conoce.

—Tampoco yo conozco.

—Dios es misericordioso, hija mía; ha permitido que pueda Vd. ver á su padre antes de que se muera...

—Sí, cuando ya él no me conoce, por lo visto...

—La divina misericordia...

—Está en la oscuridad—concluyó María, que, sentada sobre sus talones, pálida, con los brazos caídos, miraba, al través de su padre, al vacío.

Levantóse al cabo, se acercó á su padre, y al tocarlo retrocedió aterrada exclamando:

—Frio, frio como la luz, muerto.

Y cayó al suelo presa de un síncope.

Cuando volvió en sí se abrazó al cadáver, y cubriéndole de besos, repetía:

—¡Padre, padre! ¡No te he visto morir!

—Hay que cerrarle los ojos—dijo á María su hermano.

—Sí, sí, hay que cerrarle los ojos... que no vea ya... que no vea ya... ¡Padre, padre! Ya está en las tinieblas... en el reino de la misericordia...

—Ahora se baña en la luz del Señor—dijo el sacerdote.

—María—le dijo su hermano con voz trémula tocándole en un hombro,—eres madre, aquí te traen tu niño, que olvidaste en casa al venirte; viene llorando...

—¡Ah! Sí. ¡Angelito! ¡Quiere pecho! ¡Que le traigan!

Y exclamó enseguida:

—¡La venda! ¡La venda! ¡Tráeme pronto la venda, no quiero verle!

—Pero, María...

—Si no me vendáis los ojos, no le doy de mamar.

—Sé razonable, María...

—Os he dicho ya que mi razón está en las tinieblas...

La vendaron, tomó al niño, lo palpó, se descubrió el pecho, y poniéndoselo á él, le apretaba contra su seno murmurando:

—¡Pobre padre! ¡Pobre padre!

Miguel de UNAMUNO

